

FIRMAS PROPIAS

RUBÉN CASTILLO GALLEGO



Nuestros viejos (II): Asensio Sáez

Mi tía Esperanza, que era bibliotecaria en Blanca y que fue la directa responsable de que yo ame la literatura por encima de todas las cosas, solía dejarme libros para que los fuese leyendo en la cama, hasta que me llegase el sueño. Corría el año penúltimo de la década de los setenta y, una noche, atragantado con la prosa monocroma de Archibald Joseph Cronin (de quien ya había leído *Las llaves del reino* y *El doctor nativo*, sin mayor provecho literario), quise introducirme en algo más sugestivo. Por eso, me levanté de la cama y salí a la estantería que había fuera de la habitación, envuelta en la penumbra. Allí, repasé los volúmenes que ésta cobijaba y, por una simple curiosidad colorística, extraje el único cuyo lomo presentaba dibujitos. Era el *Libro de La Unión*, de un tal Asensio Sáez, editado por el Patronato de Cultura de la Excm. Diputación de Murcia. La enigmática ilustración de la portada (enigmática para mí, que apenas contaba doce años) unía las figuras de una mujer, una guitarra de la que brotaban unos pinces, los rótulos de un teatro y un café, un cielo rojizo y unos promontorios de aspecto selenita que, al primer vistazo, se me antojaron volcanes. «De La Unión –comenzaba el libro– se puede decir todo lo indecible». Volví a la cama con aquel tomo, y lo empecé a leer inmediatamente. Recuerdo que me entusiasmó.

Años después (ya a mediados de los noventa), descubrí con suma perplejidad que aquel remoto Asensio Sáez de mi aprendizaje lector no sólo estaba vivo, sino que seguía publicando artículos, cuentos, libros, cosas. Y que, efectivamente, seguía viviendo en La Unión. Así, por aquello de recupe-

rar cuanto antes el tiempo perdido, paladeé las deliciosas píldoras contenidas en *Del amor y otras consolaciones* (1995); me enriquecí con la *Antología* que prepararon José Belmonte Serrano y Verónica Dean-Thacker para la obra cultural de CajaMurcia (1996); aprendí bastante con sus bellos *Cien artículos*, editados por la universidad de Murcia (1996); y fui ampliando mi biblioteca con otros volúmenes más difíciles de encontrar, como aquél que contenía el premio *Gabriel Sijé* del año 1981, que obtuvo Asensio con *Vivir no era una fiesta*, y que mi hermano Armando me consiguió tras algunas gestiones con la CAM de Alicante.

Me convertí así en un amante de la prosa de Asensio. Y, desde hace unos años, en su amigo a distancia, extraña situación que consiste en haber conversado con él a través de la radio (yo en un estudio de *Onda Regional*, y Asensio Sáez en su casa de La Unión), haberle dedicado algunas críticas literarias en este mismo periódico (siempre positivas), haber fotocopiado para mis alumnos algunas de sus páginas mejores (un año, incluso les hice leer el tomo *Boda civil y otros cuentos*), habernos enviado cartas o libros con una periodicidad indesmayable, y seguir leyendo sus colaboraciones dominicales en la contraportada de *La verdad*.

Hace un par de años escribí en esta misma página, a propósito del espléndido escritor muleño Francisco Ros, que quizá los mejores autores de nuestra literatura sean los *autores locales*; y lo mismo podría aseverarse de Asensio Sáez, cronista lúcido de La Unión, coplero de las minas, portavoz de los quejidos de un pueblo. Poeta, en suma.

"La Verdad", Martes 1 Feb. 2000